

La familia ante la nueva sensibilidad

Alejandro Llano

Rector de la Universidad de Navarra.

(Rev Med Univ Navarra 1994; 39: 152-156).

En una de sus más bellas fábulas, Jorge Luis Borges nos relata la historia de aquellos cartógrafos a los que el Emperador ordena construir un detallado mapa del Imperio. Con nada se siente satisfecho el tirano, y pide cada vez cartas más minuciosas y exactas. Hasta el punto de que el mapa final es de escala 1/1: cubre la entera superficie del imperio y es tan exacto que ya no cabe distinguir entre la realidad y el simulacro. Más aún: el simulacro llega a ser más real que la realidad; la precede —como dice Baudrillard—: es hiperreal.

Yo vi la fábula borgiana hecha realidad cuando un colega alemán me contó lo sucedido con su hija: se encontró por la calle con el canciller Helmut Kohl; pero —confesó la niña— era mucho peor que en la realidad, es decir, en la Televisión.

A la hora de acercarnos a la realidad de nuestro tiempo, no la hallamos ante nosotros como algo naturalmente dado. Lo que aparece a nuestra vista es un entramado extraordinariamente complejo, en el que la realidad se entretiene con los simulacros o incluso queda sustituida por ellos. ¿Cómo no quedar, entonces, sumidos en la perplejidad?

Si la concreta realidad a la que nos acercamos es la familia, resulta que ese grupo social —el más originario, genuino y entrañable— aparece como un naufrago perdido en una indefinida extensión cuyos relieves y abismos cambian de continuo y no proporcionan pauta alguna de orientación.

Para que la familia vuelva a encontrarse consigo misma, para que comience a dejar de ser un residuo que se pudre lentamente bajo la acumulación de simulacros, es preciso que nuestra mirada se torne más penetrante y comprensiva. Hemos de lograr una *nueva sensibilidad* que sepa descubrir la unidad que late bajo la dispersión; una *nueva sensibilidad* que alcance a

penetrar en esas dimensiones más cálidas de la vida, que han sido «colonizadas» por esos poderes anónimos que tejen y destejen las estructuras de una sociedad caótica, en la que el hombre real y concreto ya no puede reconocerse; una *nueva sensibilidad*, en fin, que sea capaz de liberar las fuerzas reprimidas que laten en ese ámbito de libertades originarias que es la familia, sobre la cual nos fijamos especialmente en este Año Internacional a ella dedicado.

El Estado del Bienestar ha generado multitud de efectos perversos o equívocos: al intentar producir un bienestar total para todos, ha generado un malestar que a todos nos afecta en puntos decisivos de nuestra existencia diaria.

A mi juicio, el fenómeno global que revela este grandioso efecto perverso es el de la marginación. Marginación de los países subdesarrollados, a costa de los cuales viven las sociedades satisfechas; marginación de los pobres que *malviven en las sociedades ricas, y que son ya tan numerosos que componen todo un mundo*; ese «cuarto mundo» del que habla Juan Pablo II en la Encíclica *Sollicitudo rei socialis*; marginación de los que se ven aquejados por una enfermedad que hoy no se cura ni se perdona, la dolencia de la debilidad: los no nacidos, amenazados por la muerte en flor; los presos, que arrastran en nuestras cárceles una vida inhumana; los ancianos, a los que pronto se les concederá la gratificación de una muerte dulce, de una muerte benéfica, que eso significa etimológicamente *eutanasia*; los drogadictos, víctimas de las mafias internacionales y de la pasividad de los poderes públicos; los niños, objeto sistemático de una corrupción violenta y organizada.

La *nueva sensibilidad* consiste en percibir que la dimensión vital es la raíz de sentido de todas las actividades estructurales, de los complejos entramados de la política, la comunicación colectiva o la economía. Ese fondo vital es, cabalmente, la sociedad. Hoy se habla mucho de economía sumergida, de *economía sommer-*

sa. Pero la que de verdad está sumergida es la sociedad. Y desde la *società sommersa* están emergiendo iniciativas libres, proyectos concertados que, por una parte alivian la sobrecarga del tecnosistema, mas — por otra, y sobre todo— ponen en cuestión su rigidez y su tiránica pretensión de exclusivismo.

El mundo vital, el mundo del *ethos* o de la cultura, no es un residuo irracional, como pretenden hacernos creer los «decididores» que padecemos. Tampoco es una feria de vanidades, un muestrario folklórico o un espacio lúdico. Es el mundo pleno de sentido, con gran riqueza de configuraciones y con toda la fuerza latente de la libertad creadora. Constituye el «último recurso», el verdadero resorte para salir de la honda crisis humana a la que nos ha conducido el imperio del economicismo y la burocracia.

Ese ámbito de *ethos* se estructura en «provincias finitas de sentido» (Schütz), es decir, en grupos solidarios de relaciones interpersonales. Son las instituciones primarias y las sociedades intermedias, de las que el racionalismo moderno intentó hacer tabla rasa, y que ascienden ahora, en el inicio de esa época que —por falta de mejor nombre— llamamos «postmodernidad».

Entre esas «provincias finitas de sentido», la familia constituye la primaria solidaridad, la más radical y básica. Uno de los rasgos más característicos de la *nueva sensibilidad* es justamente la vuelta a las raíces, el retorno al hogar. Frente al dominante cosmopolitismo de hamburguesería y aeropuerto internacional, asciende hoy la valoración de lo genuino, de lo auténtico, de lo nuestro: la tierra que nos vio nacer, la lengua de nuestros primeros balbuceos, la patria que nos nutre y nos identifica. Ese hombre desconcertado y débil ha encontrado un lugar al que volver, que ha resultado ser aquél del que partió. El hogar es el lugar de donde uno parte:

Home is where one starts from (Eliot).

Pero no se trata del narcisista mirarse a uno mismo, del sentimentalismo neorromántico que alimenta hoy a algún que otro «pensamiento débil». La casa no es reducto o *ghetto*: la casa es foco de proyección, núcleo de cultura innovadora, rescoldo de libertades que se encienden y se propagan.

Mientras que en la tecnoestructura se producen transacciones, la familia constituye el ámbito de lo insustituible, el espacio de la correspondencia, de la completa reciprocidad. No es el lugar de los intercambios calculados y reglamentados, sino el de la confianza informal, es decir, vital. El valor incomparable de la familia reside en que, en ella, se recibe *la no comprada gracia de la vida* (Burke).

Pero ocurre que la familia es la víctima típica de las paradojas del Estado del Bienestar. Las políticas socia-

les del Estado asistencial, que —al parecer— eligieron a la familia como objeto preferente de sus prestaciones, han acabado por vaciar de casi todo su contenido públicamente relevante a la institución familiar. En el mejor de los casos, la familia se ha replegado sobre sí misma y vive al margen de los procesos sociales efectivos. En el peor, y por desgracia más frecuente, de los casos, la familia ha sufrido un efecto de *implosión*, de explosión seca, hacia adentro, por vaciamiento de su *ethos* característico.

El grupo doméstico es el *agujero negro* por excelencia del sistema actual. La familia ha sido instrumentalizada primero y sustituida después por el complejo tecnoestructural, que la ha convertido en una instancia suplantable y prácticamente superflua, precisamente porque se ha prescindido sistemáticamente del reconocimiento de los vínculos estables de responsabilidad personalizada, que constituyen la médula de las relaciones familiares. Los aspectos externos y funcionales de la familia han pasado a integrarse en las transacciones del Estado y del Mercado, mientras que su *ethos* propio —su modo de vida inconfundible— ha sido privatizado y drásticamente sumergido.

La *anomia* de la familia —es decir, su desregularización, por ejemplo con las leyes de divorcio— está en el origen de buena parte de los casos, cada vez más frecuente, de marginación y nueva pobreza. Los miembros más débiles —minusválidos, ancianos, depresivos, inadaptados— quedan entregados a la intemperie pública, multiplicándose así las conductas erráticas y las situaciones límite: autismo, delincuencia juvenil, fracaso escolar, drogadicción, violencia y suicidio.

Y, sin embargo, la familia es —insisto— la fórmula radical de solidaridad y de emergencia de ese suplemento de sentido que necesita como el comer una sociedad senil. Según ha dicho Hannah Arendt, la única innovación radical es el nacimiento de un nuevo ser humano. Cuando un niño viene a este mundo tenemos ante nosotros una sorprendente novedad, en la que la creación de Dios y el fruto del amor de sus padres se dan misteriosamente la mano. La familia es el nacedero de toda energía social y el contramural del sometimiento totalitario.

La mejor línea de respuesta a la pérdida generalidad de sentido apunta al tránsito histórico del *Welfare State* a la *Welfare Society*. Bien entendido, que, con este cambio de lema, no sólo se produce una decisiva sustitución del acento en lo estructural («Estado») por el acento en lo vital («Sociedad»), sino que el propio concepto de *Welfare* sufre un deslizamiento semántico, pasa a significar otra cosa: ya no tiene esa connotación pasivista de prestaciones recibidas, que evoca la no-

ción de bienestar, sino que significa *calidad de vida*, entendida, sobre todo, como activa participación en una tarea común. Calidad de vida no consiste en que se lo den a uno todo hecho, en un despotismo más o menos ilustrado. La vida social tiene calidad cuando a sus actores natos se les permite que realicen sus proyectos originales y se les otorga una ayuda a la que tienen derecho. Y hay que recordar que la libertad no es algo que a uno graciosamente le concede algún poder establecido; la libertad no hay que mendigarla; ha que tomársela de una vez por todas.

Para que la familia llegue a ocupar el papel que le corresponde en esta estrategia, es imprescindible el cultivo de una nueva *cultura de la familia*, en la que ésta no se deje dosificar pasivamente, sino que se considere a sí misma como una primaria unidad de acción social.

Para que las familias consigan peso social, es necesario que salgan de su aislamiento privatizado e irrumpen solidariamente en el *espacio social*. La teoría y la práctica social conocen ya muchas y eficaces formas de cooperativismo, asociaciones de auto-ayuda, movimientos ciudadanos, iniciativas docentes y organizaciones de voluntariado, en cuya descripción no puedo — ni me corresponde— entrar.

Más decisivo es que la familia —sin dejar de ser lo que naturalmente es— logre una renovación cultural que la sitúe a la altura de nuestro tiempo. Para acercarse a ella, es preciso percibir la mutación histórica a la que estamos asistiendo.

Se ofrece así a la familia lo que Dahrendorf ha llamado una «oportunidad vital», ofrecida por el encuentro de dos procesos de diversa naturaleza que abren nuevas perspectivas y exigen un nuevo modo de pensar.

A ese nuevo modo de pensar es a lo que llamo yo «nueva sensibilidad». Su desarrollo, en el caso de la familia, se articula con un nuevo enfoque de la educación, considerada desde antiguo como un factor decisivo para la configuración del *ethos*, es decir, para el desarrollo de la cultura o modo de vida.

Me permitirán que sintetice, de una forma casi impresionista, mis propuestas en este terreno. Propuestas que voy a presentar en torno a lo que llamo los cinco *principios de la nueva sensibilidad*.

1. *Principio de gradualidad*. El racionalismo moderno nos ha acostumbrado a ver la realidad «en blanco y negro». O todo o nada. Por eso es implacable y dialéctico. En cambio, el nuevo modo de pensar advierte que casi todas esas cosas humanas admiten grados, matices, variedades y variaciones. En la educación, concretamente, no se debe pedir a todos lo mismo ni presentarles un sólo modelo. Es preciso recuperar el

sentido de la gradualidad del saber: advertir que el saber se adquiere en el tiempo. Hace pocos años se estaba enseñada —apenas iniciada la adolescencia— en condiciones de ser «socialmente productivo». Hoy se retrasa mucho más, por la complejidad y extensión. Muchos jóvenes no son capaces de mantener tan larga espera. Por eso se detienen, o regresan a formas más primitivas de asociación, o simplemente se automarginan.

En la actual situación social del saber, la necesidad de la simbiosis educativa pasa a primer plano, porque las nuevas generaciones dependen más que nunca de la tradición (rasgo muy típico de la «nueva sensibilidad»). El futuro no es asequible sin la tradición, y ahora menos que nunca.

Se acrecienta así la responsabilidad de los que poseen el saber —de los padres y maestros—: en lugar de servirse de él, deben ponerlo generosamente al servicio de los que comienzan. Enseñar no es humillar: enseñar es servir. Y aprender no implica dejar de pensar por cuenta propia: es la forma básica de participación.

2. *Principio de pluralismo*. El descubrimiento del sentido de la *diferencia* es característico de la *nueva sensibilidad*. Desde el punto de vista de la educación, reconoce que el saber tiene muchos caminos. Que — además— y por encima de lo cuantitativo existe lo cualitativo. Que se puede ser ingeniero o economista, pero también escritor, violinista, payaso, filósofo, monja de clausura, piloto de pruebas, ama de casa o marinero. ¿Cuál de estos oficios tiene más categoría? Aquél que se haga mejor. Un sistema social que no sepa escoger la variedad de los talentos humanos es sencillamente lamentable. Y los padres que se empeñen hacer de todos sus hijos ejecutivos o tecnólogos les están prestando un flaquísimo servicio.

Con esta apertura y sentido de la diferencia puede lograrse que tienda a disminuir el número de los que quedan descolgados de la dinámica social. No todos tienen que servir para lo mismo: algunos sirven para lo grande y otros sirven para lo pequeño, no menos esencial. Lo importante es conseguir que todos —o el mayor número posible— sirvan desde su sitio a la sociedad y se sepan agentes históricos, y no espectadores marginales de lo que pasa.

Esta no es una tesis romántica. Es una tesis humanística, que sabe descubrir el valor inalienable de toda persona. Y, sobre todo, es una tesis cristiana. Porque los cristianos sabemos que doce pescadores enseñaron al mundo.

3. *Principio de complementariedad*. La realidad no es antagónica, sino complementaria. No todo lo diferente es contrario. Frente a la moderna estrategia del conflicto, está brotando un modelo de pensar que no es exclu-

yente, sino que afirma la *composibilidad de las diferencias* («jardín de los senderos que convergen»). La mayor parte de las diversas posibilidades no son mutuamente excluyentes, sino composibles, complementarias.

Esto supone conceder primacía a los valores cualitativos y compatibles sobre los cuantitativos e incompatibles. El dinero y el poder —por sí solos— son incompatibles: «donde yo estoy tú no puedes estar». En cambio, la alegría, el saber, la paz, exigen ser compartidos: «yo sólo puedo estar donde tú estás».

Complementar es añadir, incrementar, completar, fomentar, servir, cuidar. Verbos que expresan valores ascendentes de la nueva sensibilidad.

Voy a fijarme en uno de ellos: el cuidar. El cuidado es una tesitura de extraordinaria riqueza antropológica, como Heidegger vislumbró. Cuidado es atención, respeto, pudor, ayuda. Es a lo que los clásicos llamaban *epiméleia*. El que adopta esta actitud no pretende irrumpir agresivamente en la realidad, sino «dejarla ser», cultivarla para que crezca. El cuidado es una actitud universal. Los padres cuidan de los hijos pequeños, pero los hijos mayores cuidan de los padres ancianos. Los gobernantes cuidan de la ciudad, pero los ciudadanos cuidan que los rectores de la cosa pública cumplan su cometido. El hombre cuida de la naturaleza y da culto a Dios. Y Dios cuida de todos.

La educación actual tiene que redescubrir como valores formativos el sentido del servicio a los demás, el cuidado de lo cualitativo, la atención de lo concreto, la sensibilidad estética, la capacidad perfeccionadora del dolor, la seriedad de la ternura. Y la familia es, sin duda el ámbito primordial donde pueden emerger estas actitudes que atienden a lo *insustituible*. En este mundo nada es sustituible por nada; pero lo menos sustituible de todo es un miembro de la familia.

4. *Principio de integridad.* Frente a la reducción del hombre a ser mera función del Estado o del mercado, a *homo oeconomicus* o «animal político», la nueva sensibilidad se abre a la amplitud de facetas y perspectivas de la vida humana.

Precisamente el humanismo es la visión pluridimensional y unitaria del hombre y de su mundo. Ante la complejidad actual, la educación ha de ser hoy, más que nunca, *formación humanística*. Las estadísticas de los países más avanzados nos informan de la creciente acogida que los humanistas encuentran en las empresas. Porque, a su vez, las empresas se están percatando de que un factor decisivo de su propia eficacia es la *Business Ethics* y la llamada *Corporate Culture* o *Cultura de la Empresa*. Pero no se trata de instrumentalizar las humanidades, sino de advertir nuevamente que la literatura, la historia, y la filosofía tratan con realidades

que poseen valor en sí mismas, precisamente porque se ocupan del hombre. Y el hombre, como dijo el viejo Kant, nunca debe ser tratado sólo como medio, sino siempre también como fin. Desde una perspectiva más alta, el Concilio Vaticano II nos recordó que la persona humana es un ser que posee un valor en cierto modo absoluto, porque es el único ser que Dios ama por sí mismo.

5. *Principio de solidaridad.* El ocaso de las ideologías utópicas nos ha dejado como residuo un cínico *materialismo práctico*, para el que hablar de algo distinto de la utilidad inmediata sólo merece el desprecio, o —peor aún— la sonrisa indulgente.

Pero lo cierto es que tal pragmatismo es muy poco práctico, y que «el funcionalismo no funciona». El llamado «individualismo democrático» —la última componente ideológica a la latina— no quiere (ni a su izquierda ni a su derecha) saber nada de esa vinculación vital primaria que se llama «solidaridad». Si acaso reserva tal palabra para la retórica de discursos ocasionales, por si todavía hay algún ingenuo que crea en la vigencia de algo más radical que el interés egoísta. Pero lo cierto —subrayo— es que ningún modelo social puede vivir sin las aportaciones de sentido que proviene de esas solidaridades primarias que son la familia y los demás grupos sociales básicos. Redescubrir tal inagotable fuente de energía creativa es la única forma de detener el avance de la marginación y del malestar en el Estado del Bienestar.

Desde la familia hasta la escuela, hemos de cultivar en los niños y en los jóvenes esa capacidad primitiva de comprender a los demás, de *hacerse cargo* de lo que les pasa a los otros, para conllevar sus cargas. Hemos de ayudarles a abrir esos «ojos del alma» y lograr *ver*. Para que de ellos no se pueda cantar el lamento de la única verdadera desgracia humana: la del *mirar sin ver*:

Ojos que a la luz
se abrieron un día
para, después
ciegos volver a la tierra
hartos de mirar sin ver
(Machado)

Ante la familia se abre hoy un campo incitante de nuevas aventuras de espíritu. Si el árbol pierde sus raíces, queda a merced del viento que lo arrastra. Pero ese enraizamiento no es una fijación paralizante: es una incitación para proyectar sus renuevos hacia la luz y hacia la vida.

Bellamente lo dijo Juan Ramón Jiménez:
«Libertad de lo bien arraigado,
seguridad del infinito vuelo»